

EDUCACIÓN LITERARIA

“No obligarás a beber a un caballo si no tiene sed” (C. Freinet)

Acercar a los niños a la Literatura supone invitarlos a participar de las infinitas formas que la humanidad tiene de mirar, pensar, interpretar y expresar el mundo a través de la palabra (y, en su caso, de la imagen). Pero en este acercamiento a los libros, resulta crucial que los niños no vivan la Literatura como un territorio ajeno, sino que se les brinde la oportunidad de implicarse en ella desde sus propias inquietudes y experiencias. Este logro requiere la presencia de libros, canciones, narraciones y lecturas en voz alta desde la más tierna infancia en el seno familiar; y posteriormente atañe, en gran medida, también a la Escuela, pues es desde la didáctica de la Lengua y Literatura desde donde más ágilmente se posibilita esta implicación a través de actividades diversas: de biblioteca, taller de escritura, dramatizaciones y otras manifestaciones expresivas.

La palabra es una de las principales herramientas que nos asisten para ordenar nuestro mundo y nuestro pensamiento.

La educación literaria, como toda educación, supone un proceso y es presumible que éste se dilate ampliamente en el tiempo, pues ha de contemplarse que la facultad lectora ni es innata ni pertenece a la naturaleza humana, aunque encuentre en ésta las condiciones y medios de desarrollarse. Este desarrollo exige esfuerzo en el aprendizaje del lector, tanto más cuanto menor sea la atracción que el sujeto siente por la lectura. A veces se intenta promover la lectura con procedimientos más o menos coercitivos, con el grave riesgo de crear un rechazo a la letra impresa para el resto de la vida.

El interés del niño – como el de cualquier otra persona de cualquier edad –, se despierta cuando el objeto de su atención le involucra, de alguna manera, personalmente. Cuando entra en contacto directo con sus emociones, su curiosidad, sus inquietudes o su experiencia; lo cual no excluye que, además, siga habiendo un esfuerzo de aprendizaje, pero éste será tanto más liviano cuanto mayor sea el interés despertado.

Por muchos procedimientos persuasivos o coercitivos que se empleen, *el caballo no bebe si no tiene sed*. No se trata, pues, de hacer beber a cualquier precio, sino de provocar sed.

EL PROCESO

- Se empieza a leer por el oído. La lectura no es naturalmente innata al ser humano, la escucha sí. Narraciones, canciones, juegos orales, lecturas compartidas en voz alta... son las primeras invitaciones a la lectura, pero no sólo cuando el niño aún no sabe leer, también mientras está aprendiendo e incluso cuando ya lo ha conseguido de forma autónoma. El placer de leer es un acto de *contagio* y va acompañado de ritos, de ritmos, de entonaciones, de prosodia.

- No es lo mismo leer que descodificar. Que el niño aprenda los mecanismos de la lectoescritura, no significa que sabe leer. Desde que un individuo comienza a descodificar silabeando hasta que lee – interpretando incluso mensajes no explícitos –, hay un largísimo recorrido en el que no se debe abandonar al incipiente lector a su suerte. El proceso no concluye hasta que el acto de leer se convierte en un viaje interior, individual e íntimo (y eso es muy difícil que ocurra antes de la adolescencia).

- En los inicios del proceso, el aprendiz es un puro receptor. Cabe, pues, esperar que a lo largo del proceso el lector vaya incorporando un bagaje que adquiere a través de la lectura, haciéndolo suyo y recreándolo en el uso cotidiano de la lengua oral y escrita.

- El proceso supone transformación, evolución, crecimiento. Por consiguiente, es de esperar que la elección de las lecturas vaya sufriendo también una evolución desde el punto de vista cuantitativo pero, sobre todo, del cualitativo; bien compaginando lecturas más sencillas con otras más complejas, bien sustituyendo las primeras por las segundas.

- A lo largo de la evolución del proceso, el lector, que partió de la pura interpretación literal, habrá de ir descubriendo otras interpretaciones más complejas (segunda lectura, lectura entre líneas). Hasta llegar a leer con mayor capacidad de abstracción y de forma más introspectiva.

- La evolución supone profundización y, con ella, comienza el reconocimiento de las formas: tramas, estilos, géneros...; así como la contextualización: quién escribió la obra, dónde, cuándo, en qué circunstancias históricas o personales... Adquisición de conocimientos sobre obra, autor, ilustrador, editorial, traducción, diversidad de ediciones o traducciones, etc.

Desde el ámbito escolar conviene tener en cuenta que todas las edades son aptas para progresar en este proceso de aprendizaje, desde la primera infancia hasta la vejez. En cuanto a la actuación del educador – que, por supuesto, debe amar la lectura –, las operaciones básicas a encauzar son siempre las mismas: contagiar, tener y provocar curiosidad por las lecturas.

Ana-Luisa Ramírez